

HISTORIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

ENTREVISTA A CELSO ALMUIÑA

Ricardo Martín de la Guardia
Universidad de Valladolid

Celso Almuiña Fernández es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid, Licenciado en Ciencias de la Información y Profesor de Educación General Básica.

Ha sido, entre otros cargos administrativos, director del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, América, Periodismo, Publicidad y Relaciones Públicas de la Universidad de Valladolid. Presidente del Consejo de Directores de Departamento de la Universidad de Valladolid. Miembro de la Junta de Facultad, Consejo Gobierno y Claustro de la universidad de Valladolid. Director de la revista *Investigaciones Históricas* (Universidad de Valladolid). Vicerrector-Director de Instituto de Ciencias de la Educación (ICE) de la Universidad de Valladolid, etc.

Responsable de la creación y puesta en marcha de La Licenciatura de Periodismo en la Universidad de Valladolid (2003). Presidente del Grupo Pinciano (ediciones facsímiles). Expresidente de la empresa periodística editora del Semanario *Crónica/7* (Castilla y León).

Es miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia (Madrid). Membro da Comissão de Aconselhamento Científico do CEPESE (Centro de Estudos da População, Economia e Sociedade), de la Universidade do Porto (Portugal), desde 1995. Dentro de la historia cultural, sus múltiples estudios están centrados en los medios de comunicación —desde el siglo XVIII a nuestros días— con especial atención a la opinión pública como agente específico de la dinámica histórica, especialmente en épocas de crisis. Un segundo campo de investigación se ha centrado en la problemática regio-nacionalista: Antecedentes de las Comunidades autónomas, centrada en Castilla y León. Y, uno tercero —entre algunos otros— en la historia local: Valladolid.

Tu interés por la Historia ha estado siempre ligado a su enseñanza: elegiste Magisterio, incluso llegaste a ejercer, pero ¿qué fue lo que te llevó a convertirte en historiador?

Efectivamente, mi afán «pedagógico» (enseñanza), espero que siguiendo la estela ilustrada, viene de muy atrás. Recuerdo, aquí y ahora, que fui maestro de Enseñanza Primaria con oposiciones a mis diecisiete años: el más joven de aquella promoción en toda España. Continué en

la enseñanza universitaria, la cual me sigue apasionando. Y ese mismo afán de proyección hacia fuera me ha llevado con cierta asiduidad y desde hace muchos años, a escribir en prensa y a participar en diversos medios de comunicación social. Podríamos decir que, en primer lugar, lo que ha primado en mí es la preocupación por enseñar; pero en el nivel universitario no puede haber enseñanza de calidad si no está estrechamente ligada a la investigación. Sigo pensando



que la auténtica transformación social, en última instancia, arranca del individuo. Y la palanca fundamental es la enseñanza. Como «ilustrado» pienso que la ignorancia es la madre de (casi) todos los males.

¿Cómo recuerdas la formación en Historia en la Universidad de Valladolid de los años sesenta? ¿Qué o quién hizo que te decantaras por la época contemporánea a la hora de elegir especialidad?

La enseñanza de la Historia en la Universidad de Valladolid tenía cierto prestigio y tradición. Tal vez la ubicación de los archivos de Simancas, Chancillería, etc., tuviese bastante que ver en ello. Éramos muy pocos alumnos, sobre la veintena. Todas las asignaturas prácticamente estaban impartidas por catedráticos. Era una enseñanza, como en todas partes por aquel entonces, fundamentalmente memorística, y así se obtenían las mejores calificaciones, imprescindibles para obtener becas. Visto desde hoy —indudable anacronismo—, efectivamente, dicha enseñanza dejaba bastante que desear. Dentro de la Historia, la época contemporánea siempre me ha atraído: conocer las raíces más inmediatas de nuestro presente. No tuve dudas en decantar-

me por ésta, aunque se me ofrecieron algunas otras posibilidades de especialización. La materia era impartida entonces por el joven catedrático Luis Miguel Enciso Recio; con él terminé doctorándome, y fui becario, ayudante, etcétera.

En 1977 publicas La prensa vallisoletana durante el siglo XIX, más de mil seiscientas páginas fruto de la elaboración de tu tesis doctoral, y que se ha convertido en una referencia obligada para quien aborda la historia de la prensa en España. El tema era muy novedoso, e imagino que tu elección estaría condicionada por otra de tus facetas, la de periodista.

Mi preocupación por los temas más recientes, por el mundo que me rodea, con el cual traté de implicarme activamente desde mi época de estudiante, de PNN, etc., me llevó no sólo a la historia contemporánea sino también a cursar la carrera de Periodismo. Quería conocer de primera mano, para mi tesis, y sobre todo para mi proyección social, los mecanismos de formación de la opinión pública a partir de los instrumentos fundamentales de conformación, como son los medios de comunicación social.

El tema de mi tesis fue arriesgado, para la época muy arriesgado académicamente. Hasta entonces, apenas se había estudiado algo sobre la prensa, y lo existente se había hecho en función de objetos externos a ella: Ilustración, movimiento obrero y poco más. Lo que sí se había hecho, y de forma un tanto vergonzante y muy mal técnicamente —por falta de metodología adecuada—, era utilizar los periódicos como fuente histórica, pero con resultados más que cuestionables. Se obtenían ciertos datos (erudición), pero no se aprovechaba lo más característico de los medios de comunicación: la formación de opiniones públicas o, al menos, publicitadas.

Yo me propuse, por primera vez en España, estudiar la prensa en sí y como conformadora de corrientes de opinión. El campo y tema que tenía más a mano dio lugar a «La prensa vallisoletana durante el siglo XIX». Valladolid te-

nía, y sigue teniendo, un peso específico dentro del panorama periodístico español. *El Norte de Castilla* (1854) es en este momento el decano de los «diarios» españoles (aunque no como empresa). Se trataba de un periódico de cierto alcance regional y en una región de las más alfabetizadas de España por entonces.

Además de analizar cerca de cuatrocientas publicaciones (¡en sólo un siglo!), lo más novedoso, entiendo, fue tratar —en el campo de la opinión pública— de diseccionar y analizar dialécticamente cinco grandes campos de actividades: la política española decimonónica, el proteccionismo castellano (los orígenes del regionalismo castellano, a partir de 1859), el problema social, la cuestión religiosa y las relaciones internacionales. Pienso sinceramente que esta última parte de la tesis era la más novedosa. Especial atención le presté al marco legal, es decir, a la evolución de la libertad de prensa en España (y en Valladolid) durante el XIX (cerca de doscientas páginas), muy poco aprovechado, por otra parte, por la bibliografía general, posiblemente por estar «enterrado» dentro del título general de la tesis. Es un problema que me sigue preocupando y que ha sido hasta el presente uno de mis centros de investigación. Sin embargo, tal vez lo más conocido, y de mayor repercusión metodológica hasta el punto de ser utilizado profusamente como modelo de análisis de un periódico, es mi «ficha hemerográfica», una guía de cómo abordar en principio la investigación sobre prensa.

Con posterioridad continuaste con esa línea de investigación, promoviste otros estudios y coordinaste equipos de trabajo; con todo, ¿no existía por entonces entre la profesión cierto recelo hacia la historia del periodismo, como si fuera una materia menor?

Evidentemente sí, por tres razones fundamentales: la principal, por el tipo de historia dominante en la época, el positivismo: la «historia objetiva», esto es, dejar que (teóricamente) hable «únicamente» el documento hasta

la supuesta anulación de la subjetividad. Era el refugio historiográfico generalizado frente a corrientes consideradas peligrosas: marxismo, nueva historia económica e, incluso, la escuela de los *Annales*. Salirse del cauce tradicional, de lo que siempre se había hecho y como se había hecho era para los sectores académicos dominantes algo peligroso, al menos dudoso y que había que poner en cuarentena.

Desde estos planteamientos metodológicos «tradicionales» centrar la tesis en el estudio de la prensa, el paradigma, por definición, de la subjetividad más absoluta y hasta «deleznable», no resultaba de entrada nada aconsejable, y menos para la realización de una tesis doctoral, cuando a las tesis se le dedicaban muchos años y esfuerzos. Era muy arriesgado. Más de un toque de atención recibí, no tanto por parte del director de la tesis, Enciso Recio —a quien el tema no le era ajeno— una vez que le expuse mis objetivos, hipótesis y planteamiento. Me advirtió de los posibles riesgos académicos; pero, tomada la decisión, me ayudó todo cuanto pudo.

La tercera razón, la que ciertamente más me hizo reflexionar, fue la falta por entonces de una metodología medianamente contrastada, a diferencia de otras ramas de la ciencia histórica. En España, lo único que había era generalmente «hagiografías» de periódicos y periodistas hechas de encargo por periodistas, obviamente, sin formación histórica ni metodológica, y que a lo único a que se reducían era a aportar —en el mejor de los casos— datos y alguna que otra anécdota o lance curioso. La escuela más desarrollada también en este campo era la francesa, pero tampoco había abordado expresamente el enfoque metodológico: cómo hacer el análisis de los medios de comunicación, y menos aún el de la opinión pública, no sociológicamente, sino desde una perspectiva histórica. Esto fue lo que comencé a denominar «la opinión pública como agente de la dinámica histórica» o «concausa»: producto de una realidad social concreta al tiempo que factor de cambio y, por tanto, efecto y causa a la vez. A este planteamiento le he dedi-

cado hasta la fecha muchos cursos de especialización, tercer ciclo y/o másteres, ponencias, etc.

¿Fue acertada la apuesta? Yo pienso que sí. Humildemente entiendo que desde estos planteamientos he abierto un nuevo campo para la Historia. Seguidores sí ha habido, hasta el punto de hablarse, en este sentido, de una «escuela de Valladolid». Y, desde luego, académicamente, esta labor me facilitó muy pronto el acceso a dos adjuntías –para no tener que trasladarme desde Valladolid– y, en breve periodo de tiempo, el acceso a la cátedra. En otras palabras: desde un punto de vista académico, a juzgar por lo anterior, sí fue un gran acierto el tema. Con todo, sin dejar de ser importante este aspecto, a la larga me parece más interesante haber abierto un nuevo campo de investigación, esto es, haber ensanchado el territorio del historiador, como dirían los seguidores de la escuela de los *Annales*.

De la historia de la prensa a la historia de la opinión pública, de la que tú has sido un activo defensor, ¿hay un salto cualitativo o se trata simplemente de una cuestión de énfasis?

No sé exactamente. Se podrían aceptar las dos hipótesis, porque en el fondo son complementarias, aunque cronológicamente sí difieren en el tiempo. Es cuestión de acento. En un principio, debo confesar, comencé por centrarme en el análisis de los medios; de ahí el título de la tesis, que desde la perspectiva actual y desde el contenido real, queda muy pobre, muy poco significativo. Sin embargo, ya ahí, en la última parte del libro, analizo las cinco «principales corrientes de opinión». Es verdad que, a medida que va pasando el tiempo, con más perspectiva y conocimientos, me voy inclinando más hacia la «conformación» –no me gusta emplear el término «creación», me parece excesivo– de corrientes de opinión, hasta desembocar en el presente en la opinión pública como agente histórico. En este aspecto me encuentro enfrascado y espero poder hacer una síntesis de la contemporaneidad española, especialmente de los momentos

de crisis, desde esta novedosa forma de ver la historia de España.

En los años setenta y ochenta también trabajaste sobre la historia local y regional, de Valladolid y de Castilla y León, auspiciando distintas publicaciones, bien como autor, bien como coordinador o director. Eran años de reivindicaciones políticas encaminadas a la recuperación o creación de signos de identidad. ¿Crees que fue clara la división entre el rigor histórico exigido y la manipulación ideológica?

Fue época de efervescencia autonómica/nacionalista. A los historiadores se nos demandaba aportar datos y antecedentes históricos. Sin duda, fuimos en gran medida manipulados: no dejamos hacer, de lo cual somos responsables. Era lo que se «llevaba» historiográficamente y se demandaba de nosotros. Había medios, financiación, publicación fácil. Los políticos nos necesitaban como «legitimadores». Y nosotros no hacíamos ascos a los medios disponibles: financiación de estudios, publicación, etc. Sin duda, nos dejamos llevar por las corrientes dominantes. Ni siquiera faltaron reconocidos historiadores «internacionalistas» (marxistas) que se pasaron muy pronto con armas y bagajes al campo «nacionalista».

Tu amplia labor docente e investigadora ha ido de la mano de la gestión universitaria. Quizá, de los diversos cargos que has desempeñado, convenga destacar los casi veinticinco años en que fuiste director del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, áreas a las que en los últimos años se unieron las de Periodismo, vicerrector, presidente del Consejo de Directores de la Universidad de Valladolid, etc. ¿Consideras indispensable para el profesor universitario la integración de estas tres vertientes, docente, investigadora y gestora?

Efectivamente, desde mi perspectiva actual me dediqué demasiado a tratar de «arreglar» la universidad, al menos la de Valladolid, puesto que, salvo por el de rector, pasé por la mayor parte de los escalones administrativos; como indicabas, llegué, incluso, a presidir un curioso

organismo que existió dentro de la Universidad de Valladolid: el Consejo de Directores de Departamento, una especie de Senado. De todos ellos, en el que más me impliqué, sin duda, fue en la dirección de un departamento que iba creciendo, creciendo, hasta que su Consejo llegó a contar con más de cien miembros. Debo confesar que me sentí muy a gusto y arropado, gracias a todos los compañeros que mandato tras mandato me fueron reeligiendo. Al final, aunque podía seguir, me pareció que ya estaba bien. Fue excesivo. Había que dejar paso. Renovar. Pienso que todo profesor debería pasar por alguno de los cargos de gobierno de la Universidad. Se obtiene una perspectiva nueva, global, más allá de las cuatro paredes del despacho propio. Pero tanto años como yo me dediqué a esa labor es excesivo. Recomiendo que no se caiga en el mismo error.

Acabo de citar la incorporación de las áreas de Periodismo a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, un esfuerzo coherente con tu propia trayectoria académica. ¿Cómo ves la relación entre el periodismo y la historia contemporánea?

Por mi preocupación histórico-social, por mis estudios de Periodismo, por mis colaboraciones en medios de comunicación social, por la Comunidad Autónoma de Castilla y León —la más extensa, geográficamente, de toda España—, la única de las grandes que no tenía estudios oficiales de Periodismo, consideraba que se debían implantar dichos estudios en Valladolid, capital de la Comunidad. En 1992 nos pusimos manos a la obra para elaborar un nuevo plan de Periodismo —con la inestimable asistencia de mis dilectos discípulos Ricardo Martín de la Guardia, Pablo Pérez López y José Vidal Pelaz López— desde una visión más «formativa» que técnica. Antes de nada, había que amueblar bien la cabeza de los futuros periodistas, puesto que la parte más técnica se completaría con la praxis. A mediados de 1993 el plan estaba aprobado por la Secretaría de Universidades del Ministerio. Incorpora-

ba una novedad, el de las «pasarelas» —que nos causó serios disgustos, hasta desembocar en los tribunales—, de tal forma que un licenciado en otras ramas, después de haber cursado las asignaturas marcadas por la ley, podía incorporarse al segundo ciclo de la carrera de Periodismo. Queríamos formar, así, periodistas especializados: personas que dominasen de entrada un determinado campo del saber y luego, con nosotros, ya se pudiesen centrar en aprender, lógicamente, las técnicas periodísticas.

Sin embargo, tuvimos que esperar más de una década para que el plan se pudiese poner en marcha. No fue tanto por razones económicas, como para no hacer la competencia a los estudios privados de Periodismo existentes en la región, concretamente, en la Pontificia de Salamanca y en algunos otros centros recién creados. En 2003 pudimos comenzar. Obtuvimos la autorización, pero no la financiación. Los primeros euros para Periodismo no llegaron hasta el ejercicio de 2006, cuando ya habían salido dos promociones de licenciados. Debo dejar constancia que ello fue posible gracias al apoyo incondicional en este sentido del entonces rector, Jesús María Sanz Serna. La demanda, según veníamos sosteniendo, fue excesiva, puesto que para ciento veinte plazas había casi quinientas peticiones en primera opción y, si teníamos en cuenta otras opciones, parecía que a una quinta parte de los nuevos estudiantes de nuestra universidad no les hubiese desagradado cursar Periodismo. Fue un auténtico problema —«morir de éxito»—: después de tanto luchar y esperar, muchos alumnos se encontraron con que no podían cursar dichos estudios en nuestra Universidad, ya que resulta que habíamos tenido que establecer, por razones económicas, espaciales y de profesorado, *numerus clausus*.

El actual plan de estudios (Bolonia) es mucho más técnico que formativo; obedece a nuevos planteamientos profesionales y ocupacionales, los cuales justifican —aunque no del todo— una mayor «profesionalización» de los estudios. Es una nueva visión, una nueva etapa a recorrer.

La relación entre el periodismo y la historia contemporánea la veo fundamental, íntima. Mal se puede informar en profundidad, salvo caer en lo anecdótico: algo muy frecuente en nuestra época, el elevar la anécdota a categoría. Si no entiendes el mundo actual, difícilmente podrás informar con sentido y veracidad sobre lo que está ocurriendo realmente —raíces, causas, antecedentes— a tu alrededor. Únicamente te quedarás con lo que se sale de lo normal (¿noticias?), la mayor parte de las veces, puras anécdotas intrascendentes, aunque vendan.

Capítulo singular en tu biografía intelectual fue tu implicación en la Comisión para la Reforma de las Humanidades, impulsada por Esperanza Aguirre desde la cartera de Educación. Después del tiempo transcurrido desde entonces, ¿podrías hacer un balance de aquella experiencia?

Claro que puedo. Gran ocasión perdida. Pero quiero comenzar aclarando un aspecto importante. Yo, efectivamente, presidí aquella comisión, que era plural ideológicamente y territorialmente (sobre ella, Luis Palacios Bañuelos, de la Universidad Rey Juan Carlos, va a publicar unas páginas más). Era secretario de Estado de Universidades Fernando Tejerina (antiguo rector de Valladolid) y secretario suyo, Jesús María Palomares, compañero de departamento en Valladolid. Ambos eran amigos míos. Se trataba de «reformular» las Humanidades a propuesta de Esperanza Aguirre, ministra del ramo. Dicha comisión no dependía del Ministerio (condición indispensable), sino de la Fundación Ortega y Gasset. No quería dependencias orgánicas. Nosotros teníamos libertad para hacer propuestas y el Ministerio, en su caso, para rechazarlas. En honor a la verdad, aceptó todo lo que le propusimos. Se mezclaron por medio intereses muy diversos y hasta espurios, en los cuales no voy a entrar aquí, pero enormemente esclarecedores. Así, medios de comunicación que teóricamente deberían estar con nuestra propuesta o, al menos, ser neutrales, se pusieron abiertamente en contra por intereses de empresa (guerra del

fútbol). Otros, por egolatría gremial; los de más allá, por simple oposición política y, sobre todo, los nacionalistas (especialmente los catalanes), por considerar que se invadían sus competencias, lo cual era radicalmente falso: aunque algunos *sotto voce* lo reconocían, en los medios de comunicación sostenían el discurso contrario. Desempeñaron un papel clave y con cierto riesgo político dentro de sus respectivos partidos Juan José Laborda (PSOE) y Eugenio Nasserre (PP), segundo de a bordo del Ministerio de Educación. En fin, sigo pensando —y más desde la perspectiva actual— que no era una mala propuesta, aunque el tema de fondo —hoy lo vemos con más claridad— era otro. Pasé unos días ciertamente malos, cuando, además, por detrás te daban la razón y luego, públicamente, te criticaban: miopía de intereses y hasta cobardías. Por otra parte, tampoco me sorprendió demasiado, porque conocía los objetivos de cada cual y los mecanismos de formación de la opinión pública. Una auténtica pena. Y no menos grave era el comprobar cómo personas que no se habían leído el proyecto en absoluto pontificaban sobre él. Al final, todo parecía girar en torno a que, de un documento de cien páginas, en el Preámbulo, en vez de decirse —como lo hacíamos nosotros— que había que explicar lo que de «común» había en la historia de España, se debía sustituir dicha palabra —que no volvía a aparecer— por «compartido». Era obvio que se trataba de una disculpa nacionalista, puesto que la problemática de fondo era muy otra.

La controversia entre Historia y Memoria histórica parece estar llamada a perdurar, al menos por el momento. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

La memoria histórica es una parte de la historia del presente y/o fuente (oral y testimonial) para la reconstrucción histórica, pero no «toda» la historia.

En primer lugar, la memoria es algo individual y/o generacional, específica de cada generación, y al desaparecer ésta, en gran medida se pierde; al menos la parte intransferible, vivencial.

Pero hay en la pregunta una cuestión más de fondo, más allá de lo metodológico, de interpretación: ¿en qué medida nuestras percepciones, nuestras circunstancias –ideológicas, vivenciales, personales...– modifican y/o «encauzan» nuestra interpretación de la Historia? ¿Es la Historia una ciencia o un simple saber (Febvre), por muy importante y hasta decisivo que sea? Ésta es la cuestión de fondo. Obviamente, los historiadores somos hijos de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias, pero ello no quiere decir que nuestros resultados (conocimientos) tengamos que insertarlos necesariamente en simples opiniones o literatura de combate, en pro de... una «buena causa». Eso no es Historia. Es otra cosa: es propaganda más o menos disfrazada. Pienso que esos planteamientos no son buenos, desde luego, para la Historia y nuestra credibilidad, aunque en no pocos casos y, sobre todo, en ciertos momentos históricos, hayan sido útiles. Con ello no quiero decir, ni creo que sea posible o siquiera conveniente, que el conocimiento histórico deba ser «aséptico».

En resumen, una cosa es el conocimiento histórico y otra la memoria histórica; aunque ésta forme parte de la Historia y deba ser incorporada a dicho conocimiento.

Finalmente, ¿cómo ves el futuro tanto de la enseñanza como de la investigación en historia contemporánea?

Pienso que la historia contemporánea interesa y seguirá atrayendo a alumnos y lectores en general; por ello, sí me parece tendrán cierta demanda tanto la investigación como la enseñanza de nuestra disciplina. Sin embargo, hay dos aspectos que no debemos olvidar, uno de carácter general: el alarmante retroceso (desprecio social) de las Humanidades en general. Ligados a este fenómeno social estarán *de facto* la demanda por parte del alumnado e, indirectamente, los medios disponibles para la investigación. En este sentido, no soy nada optimista.

Habría otro aspecto que matizar: ¿qué entendemos por historia contemporánea: la que se

refiere a nuestro pasado más reciente (historia del presente)? ¿O acaso partimos, en cambio, del término clásico acuñado por los revolucionarios franceses y lo empleamos «por extensión»? El periodo actual, desde luego que apasiona. Basta ver el amplio mercado para este tipo de «productos» a través de libros, revistas, medios audiovisuales, cine y un largo etcétera: una demanda tremenda. El problema, desde mi punto de vista, como ya denuncié (o, al menos, puse sobre la mesa de los historiadores en el III Encuentro de nuestra Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Valladolid, es que los historiadores nos dedicamos exclusivamente a temas «profundos», que en no pocos casos interesan únicamente a unos cuantos del gremio, mientras que los encargados de ofrecer «Historia» al público han sido periodistas, sociólogos, politólogos o simples eruditos. Tenemos que reconquistar este campo –algo ya se ha hecho– y enfrentarnos con rigor –habría que pensarse antes, también, de qué temas vamos a tratar–, pero también con gran dosis de humildad, es decir, con propósito de divulgación, a estos nuevos y viejos problemas que el público demanda, de los que quiere saber más. Es una asignatura aún pendiente, a pesar de que ya se han conseguido algunos avances.

